

Libros del Asteroide 



# Jacobo Bergareche

## Las despedidas



# Jacobo Bergareche

## Las despedidas

Libros del Asteroide 

... sino yo, triste, cuitado,  
que vivo en esta prisión,  
que ni sé cuándo es de día,  
ni cuándo las noches son,  
sino por una avecilla  
que me cantaba al albor.

«Romance del prisionero», ANÓNIMO

Estaba casi seguro de que era ella. No la hubiera reconocido a la primera, los años claramente estaban tratándola peor que a él, le habían pasado por encima igual que a los perros, de siete en siete. Sus tatuajes estaban descoloridos como un dibujo a tinta en un papel mojado. Su piel, quemada por el sol, le colgaba de sus brazos tres tallas más grande, y sin embargo en la cara le faltaban un par de tallas, ahí la piel se le pegaba a los pómulos y parecía que le hubieran envasado el cráneo al vacío. La melena, desordenada y enredada, estaba ya completamente gris. Pero ella seguía teniendo aquel brillo vivaz en esos ojos inquietos que se detenían a examinar con descaro los rostros de toda la gente que pasaba delante de ella, apoyados en una leve sonrisa que invitaba a cualquiera a sostenerle un rato la mirada y a corresponder con otra sonrisa. Y luego estaba ese rasgo tan improbable e inconfundible: un iris verde y otro marrón. Sí, Diego, sí: estaba claro, era ella.

Ella se había fijado en él un par de veces, pero no le había reconocido, y eso que estaban cerca, apenas habría cinco metros de distancia entre sus mesas. Él la buscó de

vuelta con la mirada, para ofrecerle otra oportunidad de identificarle. Ella acabó por reírse, intrigada, encogió los hombros como diciendo, por qué me miras tanto, qué quieres de mí, y como él no hablaba, ella volvió la vista a un cuaderno donde escribía a trompicones y de vez en cuando garabateaba algo que no llegaba a ser un dibujo. No sigas, Diego, no te reconoce. Entonces llevabas barba para tapar tu cara de niño. Estabais cubiertos de polvo, totalmente disfrazados, cuando no ibais puestos de una cosa ibais de otra, y además a ti también te ha pasado el tiempo por encima. Cuánto. Diecisiete años. Y te ve sentado con una adolescente, llevas una guayabera de sastre, te quitas la barba porque ya la tienes más canosa que el pelo. No, Diego, no esperes que te reconozca.

—¿Quién es? —le preguntó Martina, al ver cómo su padre parecía hacer discretos intentos de establecer contacto visual con una extraña.

Cómo se lo explicas. Di que la conociste porque tenía su *motorhome* muy cerca del tuyo, y te quedaste con sus ojos, uno de cada color. Eso no se olvida. Hablasteis alguna vez, ahí se habla todo el rato con desconocidos, es parte del ambiente, uno va sobre todo a eso, y ella era simpática, pero no te acuerdas ni de su nombre. Fue cuando lo de tu primo, no estabas como para hacer muchos amigos, estabas hundido.

—Pues... no estoy seguro. Creo que es una... una que conocí la vez que fui a eso del Burning Man... Pero es demasiada casualidad, ¿no?

—Yo creo que sería más casualidad encontrarte a alguien del Burning Man en Albacete. Pregúntale.

Lo hubiera hecho, pensó, pero qué puedo decirle a ella delante de mi hija. ¿Te acuerdas de mí? No. Es evidente

que no, necesita un poco de contexto. Y entonces qué. Soy el del Burning. 2006. Pasamos toda la semana follando, de día, de noche, de lo que nos ofrecieran. No, claro, de eso cómo te olvidas. Ni tampoco podrás haber olvidado los paseos, todo el rato de la mano, hacia el rincón más oscuro, hacia el primer rayo de luz, hacia la música, hacia el silencio, hacia la gente, lejos de la gente, hablando, cantando, mirándonos a los ojos. Lo compartimos todo, el plato, un vaso, el colchón, la ducha, la manta, el champú. Acabé mudándome a tu *motorhome*. Sabes quién soy. Lo sabes mejor que nadie, nos lo contamos todo, todo menos nuestros nombres, ese era tu juego. Pero delante de Martina qué puedo decir. *We where at the Burning Man, two thousand and six*, y la cara que pondrá en cuanto me reconozca, era de las que reía en alto como si quisiera que todo el mundo riera con ella, gritará seguro, no era de hablar bajo, *You! Oh my God! You!*, y Martina, que no pierde una, tirará del hilo y luego en cinco minutos llega Claudia con los mellizos y ahí qué. La cago seguro.

—Deja. Me está dando mucha pereza.

—¿Ligaste con una hippy?

—Qué tonterías dices.

Se le había salido la cadena de la bici, no sabía meterla de nuevo en el plato, tenía las manos sucias de grasa y se le pegaba el polvo y la arena. Diego se acercó, le quitó la bici de las manos suavemente, con una sonrisa, levantó del suelo la rueda de atrás y le enseñó la sencilla maniobra por la cual la cadena volvía a su sitio. Ella se quedó asombrada como si hubiera visto un truco de magia, le preguntó si era mecánico. Antes de que Diego pudiera contestar, ella le tapó la boca y le dijo que mejor

no le contestara, le pidió que no le dijera su nombre, ni de dónde venía, ni dónde vivía, ni en qué trabajaba. Qué loca, pensó. Se rio, le lanzó una mirada interrogante: por qué esa extraña petición. Ella le dijo que era un experimento que andaba queriendo hacer con alguien, quizá con él, lo había leído en un foro de internet donde algunos comentaban que habían hecho eso mismo el año anterior en el Burning Man y les había encantado la experiencia. Tiene su lógica: conocer el nombre y el origen de la gente condiciona mucho una relación, la carga de prejuicios, y además cuando sabes que probablemente nunca más vas a ver a otra persona ni tienes manera de contactarla, uno se relaciona desde otro lugar, se abre más, sin miedo. Lo quiero hacer con alguien, me has caído bien. Diego se encogió de hombros, qué se habrá tomado esta. Mira: si respetas esa regla puedo dártelo todo, dijo ella. Qué es todo, preguntó Diego con la sonrisa que mejor resultado le daba en las distancias cortas. Ella solo le contestó con otra sonrisa, se quitó las gafas de sol para mirarle a los ojos fijamente, y él descubrió entonces que tenía uno de cada color. De repente sintió que lo quería todo de ella. A esto había venido, pensó, aquí empieza por fin este viaje, era el tipo de conversación que esperaba tener en un lugar así. Hasta entonces aquel festival le estaba pareciendo una farsa llena de altos ejecutivos impostores, disfrazados para la ocasión como él.

—Si te acuerdas de ella es por algo.

—Me acuerdo porque tiene un ojo de cada color. Eso es muy raro, no se ve todos los días.

—No me había dado cuenta... es difícil de ver —dijo Martina, mirándole a los ojos.

—Es que son verde y marrón, hay que acercarse más para verlo... pero no la mires tan descaradamente.

—Eso es que la tuviste muy cerca —dijo con una risita burlona.

—Qué tonta eres. Tenía su caravana cerca de la nuestra, y allí te hablas con todos los que están acampados a tu lado.

Claudia llegó a la terraza con los mellizos, como siempre los camareros la saludaron efusivamente al entrar y ella les ofreció esa sonrisa perfecta que últimamente Diego solo le conocía fuera de casa. Alzó la mano para que su mujer supiera dónde estaba. Ella vio su gesto, levantó la vista y miró a Claudia con curiosidad. Los años no pasaban por Claudia, ni siquiera le habían salido canas a su edad, seguía atrayendo miradas. A Diego siempre le complacía ver que aún había hombres que se volvían cuando ella pasaba para mirarle el culo, y el camarero de ese bar nunca fallaba. Pensaba ahora en todas esas noches en que al cerrar los ojos soñó escaparse con aquella mujer ajada que ahora observaba a Claudia entrar y que hoy parecía tanto mayor que ella y, sin embargo, Diego la recordaba mucho más joven que Claudia. Ella le sorprendió observándola, y le sonrió de nuevo. Él esquivó rápido su mirada, trató de sonreír a Claudia, pero le salió otro gesto que apenas simulaba una sonrisa. Veía en la cara de su mujer, que ya había dejado de sonreír para los camareros, ese gesto duro, el labio apretado. Va a estar así hasta el día de la fiesta, por favor que Martina no la provoque, por favor.

—¿Qué pedimos?

—Calamares —dijo Gonzalo.

—Bravas —dijo Lola.

—Las dos cosas —dijo Gonzalo.

Lola miró a su padre secundando la moción.

—No, luego no coméis, no te quiero contar lo que ha costado el mero —dijo Claudia—. Unas aceitunas.

—Para eso nos quedamos en casa —protestó Lola.

—Mamá, te juro que nos comemos hasta las espinas —aseguró Gonzalo.

—Que no. —Claudia se sacó un cigarrillo del bolso.

—¿Pero no lo dejabas el uno de agosto? —dijo Martina mirando con severidad a su madre—. Uy, uy, uy, a alguien le está fallando la voluntad.

—¿Quieres hablar de fuerza de voluntad? Hablemos de tus notas. De todos esos libros que ibas a leerte este año, del comedor social donde ibas a ayudar. ¿Por dónde empezamos?

—¿Podemos disfrutar del aperitivo? —dijo Diego.

—De qué aperitivo, si mamá no nos deja pedir nada —dijo Gonzalo.

Diego levantó la mano para llamar al camarero, pensó en una solución intermedia para no enfadar mucho más a Claudia ni tampoco desatar más quejas de sus hijos. Calamares sí, bravas no. Cerveza para él, coca-colas para sus hijos. Claudia no quería nada. Agua con gas era lo más parecido a nada.

Se hizo el silencio mientras esperaban a que volviera el camarero con el aperitivo. Claudia protestó: aún no habían llegado las antorchas ni los manteles. No teníamos que habérselo encargado a tu prima, te lo dije, Cuca lo hubiera hecho mil veces mejor. Diego le juró que llegarían a tiempo, cogería un avión para ir a por todo si hiciera falta, pero ella debía comprender que las cosas tardan más en llegar a una isla. Claudia no podía enten-

der que ese telescopio, que jamás iba a usar y que era lo menos urgente de todo, llevara tres semanas tirado en algún rincón de la casa, cuatro paquetes inmensos que ni se había dignado abrir, mientras que la mitad de las cosas de la fiesta seguían por ahí perdidas en un barco que no llegaba nunca.

No entres al trapo con lo del telescopio, Dieguito, di que se olvide ya de la fiesta, que te encargas tú personalmente de que todo esté, que si hace falta llamas ahora mismo a tu prima por sexta vez.

Claudia celebró que por fin se encargara de algo más que de la música. Martina interrumpió a sus padres para proclamar como verdad revelada que la música y el alcohol eran lo único importante en una fiesta, si eso estaba bien, no hacía falta más, y si eso fallaba, daba igual el resto, por bien que estuviera. Diego no pudo evitar una sonrisa de aprobación: ha salido a mí, pensó. A Claudia no le hizo gracia, llevaba un mes entero preparando hasta el último detalle, y ahora resultaba que todo eso daba igual. Que lo único importante era la música y que la gente se mamara. Se le quitaban las ganas de dedicarle un solo minuto más a la fiesta. Llegaron los calamares y Gonzalo y Lola se tiraron al plato como pirañas. Diego se volvió y vio que *ella* ya no estaba. Se había levantado de su mesa tras pagar y había salido a la calle. Diego sacó el teléfono móvil del bolsillo y fingió que le entraba la importantísima e inaplazable llamada de un socio, sí, me pillas en Menorca, tomando un aperitivo con la familia... no, tranquilo, cuéntame... chicos, a ver si queda un calamar cuando vuelva.

Diego salió de la terraza y siguió con el teléfono en la oreja a la mujer de los ojos heterocromos, palabra que

aprendió cuando volvió a Madrid y no pudo dejar de pensar en ella, *this has a very cool name, heterochromia iridum*, le dijo ella, lo tenía Alejandro Magno, aseguraba, la Wikipedia lo corroboraba.

Ella se asomó al muelle, emitió un sonoro silbido llevándose ambas manos a la boca y luego agitó los brazos, mirando a un viejo velero de unos treinta y ocho pies con un casco azul descolorido fondeado en la bahía. Un hombre delgado y de pelo largo tendía ropa en la botavara. Al oír el silbido, dio un salto ágil a una minúscula zódiac, soltó el cabo que la amarraba al velero y fue en busca de ella, hacia el muelle. Sería su marido, pensó, su novio, quién sabe. No parecía tan buena idea identificarse justo ahí, delante del hombre que estaba a punto de llegar al muelle, delante de Claudia, que no estaba del mejor humor, de Martina, que de alguna manera intuía que algo había pasado entre su padre y aquella mujer. Podría acercarse luego con el llaüt, a la hora de la siesta. ¿Y decirle qué? Que la vio en el bar y que pensó que era ella, pero no estaba seguro.

Según se acercaba la zódiac, Diego comprobó que no era un hombre, sino un adolescente con una melena negra, brillante. Solo llevaba un vaquero cortado a tijera, su cuerpo fibroso y delgado estaba tostado por lo que parecía una larga temporada bajo el sol. El chico extendió su brazo con la gracia de un bailarín de ballet para ayudar a la mujer a subirse en la zódiac, ella rio y le miró con cariño, saltó con cierta torpeza a la zódiac y él la sujetó para que no cayera al agua, la besó cuando estuvo sentada. Claramente debía de ser su madre, aunque no se parecía en nada a ella. Juntos volvieron al velero.

¿Habría un padre durmiendo la siesta en el barco? No

recordaba que ella le hubiera hablado jamás de navegación, ni del mar, y eso que habían hablado largas horas de todo lo que amaban en este mundo y de todo lo que desearían hacer y que todavía no habían hecho. Le había bastado la manera algo torpe en que ella se había subido a la zódiac para entender que no estaba del todo familiarizada con el mar. Para alguien que no ha navegado desde muy joven sería muy difícil llevar un velero de ese porte con la sola ayuda de un chico de quince, o de dieciséis, cuántos tendría, no era mucho mayor que Gonzalo. Cuando se conocieron ella no era madre, ni siquiera tenía pareja. Sería madre, decía, aún tenía tiempo, no necesitaba pareja para ello. Eso fue hace diecisiete años: el chaval tendría dieciséis años como máximo. Eso si ella era la madre biológica. Quizá fuera adoptado, podría ser mayor de dieciséis entonces. Podría incluso ser el hijo del matrimonio anterior del señor que seguramente estuviera durmiendo la siesta dentro del barco, o haciendo *windsurf* en la bahía, o nadando. O yendo en bici por Menorca. Ese señor que en definitiva capitaneaba ese barco y al que no le haría mucha ilusión encontrarse con él. O quizá sí, *honey, I want you to meet my friend, he's a local*, es una feliz coincidencia, había pasado ya mucho tiempo, el delito habría prescrito, al menos de cara a su marido. Pero a Claudia qué le vas a contar, no, mejor ni acercarse. No está el horno para bollos.

Diego y Claudia ultiman los preparativos de la fiesta de inauguración de su casa en Menorca. Pocos días antes del evento, mientras pasea con su familia, Diego reconoce en una terraza a una extranjera con la que había coincidido en un festival en Estados Unidos. Esa mujer, cuyo nombre Diego desconoce y a la que lleva veinte años sin ver, le ayudó a superar un suceso traumático. Diego quisiera saludarla pero no se atreve, porque

«Nadie como Jacobo Bergareche bucea en las decisiones –y en las no decisiones– que condicionan el resto de nuestra vida.» **Laura Ferrero**

«Cuando leo a Jacobo Bergareche me entran ganas de escribir frases para las fajas de sus libros.» **Juan Tallón**

«Qué placer cuando al parar de leer una novela te cuesta un rato volver a la realidad. Y quizá en esa realidad las bienvenidas y las despedidas sean imprevisibles o torpes, como la vida. Pero los buenos libros, como este, te reconcilian con el mundo.» **Leonor Watling**

entonces tendría que contarle a Claudia cómo se conocieron. Intrigado, se las ingeniará para verla de nuevo en un encuentro que quizá le cambie la vida.

Tras el éxito internacional de *Los días perfectos*, Jacobo Bergareche regresa a la novela con una emocionante historia que ahonda en la pasión, en la pérdida y en la fuerza del recuerdo. Un libro en el que despliega todo su talento narrativo y que lo confirma como uno de los escritores más prometedores del panorama literario español.

